



Evangelizadores con espíritu

KOLDO GUTIÉRREZ CUESTA, SDB

Director del Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil

Síntesis del artículo

El autor explica la solución que el papa Francisco ofrece en *Evangelii Gaudium*, en el apartado titulado “Evangelizadores con Espíritu” (EG 262-283), para superar las tentaciones de los agentes pastorales.

Abstract

The author explains the solution that Pope Francis offers on *Evangelii Gaudium*, in the section entitled “Spirit-filled evangelizers” (EG 262-283), to overcome the temptations faced for pastoral workers.

En este artículo me propongo hablar de los agentes de pastoral juvenil que han recibido del Señor una vocación particular para educar y evangelizar a los jóvenes y, para ello, me dejo iluminar por el magisterio del Papa Francisco expuesto en la *Evangelii Gaudium* (EG). Sabemos que este es un texto programático y, por lo tanto, merece la pena que dediquemos esfuerzos para sacar de este texto argumentos y motivaciones pastorales.

El Santo Padre dedicó unos números de la EG para hablar sobre las tentaciones de los agentes de pastoral. En esencia la propuesta que hace el Papa Francisco para superar estas tentaciones es una propuesta de vida espiritual. Propone una vuelta a Jesús y a su Evangelio para poder vivir como evangelizadores con Espíritu. Esta propuesta que hace el Santo Padre nos interpela

a cada uno de nosotros, agentes de pastoral.

Hay un relato hebreo que dice así: “Un rabino había sido encarcelado en San Petersburgo. Un día mientras esperaba para comparecer ante el tribunal, el comandante de los guardias, que se había hecho su amigo, entró en su celda y se puso a conversar con él: ¿No os parece extraño que el Dios omnisciente pregunte a Adán: *¿Dónde estás?* ¿Tú crees—contestó el rabino— que la Escritura abraza todos los tiempos, todas las generaciones y todos los individuos? Pues bien—concluyó—, en todo tiempo Dios interpela a todo hombre y le dice: *¿Dónde estás?* De los días y de los años señalados para ti, ya han pasado muchos: mientras tanto, en tu vida y en tu mundo, *¿dónde estás?* Dios dice, por ejemplo: *Ya llevas cincuenta años de vida. ¿Dónde te encuentras?* Al oír el número exacto de

sus años, el comandante logró calmarse, puso su mano sobre el hombro del rabino y dijo: ¡Es usted fenomenal! Pero el corazón le temblaba”.

1 La conversión pastoral y el paradigma misionero

Nuestra época ha puesto de manifiesto algunas enfermedades del hombre posmoderno. Las enfermedades a las que me refiero se caracterizan porque no vienen causadas por agentes externos al hombre sino que las causas están dentro de nosotros. Parece como si el hombre posmoderno se encontrara en continua guerra consigo mismo y, como efecto, se manifestasen algunas enfermedades. Estoy hablando del activismo, la depresión, el síndrome de ‘estar quemado’, el agotamiento, la dificultad para centrar la atención, la falta de horizontes claros.

Fijémonos en los agentes de pastoral. ¿Pueden padecer activismo, falta de horizontes claros, dispersión? ¿Pueden vivir situaciones de tristeza? ¿Algunos ambientes no transmiten una sensación de depresión pastoral? ¿Hay agentes de pastoral agotados o quemados? Estas son preguntas directas que pueden producir desasosiego pero no dejan indiferentes. Desde mi punto de vista, se necesita mucha humildad, que Teresa de Jesús decía que era “andar en verdad”, para reconocer que estas enfermedades también pueden vivirse entre los agentes de pastoral.

1.1 Hijos de esta época

No es extraño que podamos padecer las enfermedades de este tiempo porque el agente de pastoral vive dentro de la cultura que, con sus luces y sus sombras, se mete dentro de nosotros, de nuestras instituciones y proyectos pastorales: “Como hijos de esta época, todos nos vemos afectados de algún modo por la cultura globalizada actual que, sin dejar de mostrarnos valores y nuevas posibilidades, también puede limitarnos, condicionarnos e incluso enfermarnos” (EG 77).

Cada día vemos más claro que en la pastoral de juventud es importante el diálogo con la cul-

tura¹, y esto exige por nuestra parte explicitar una pastoral juvenil de discernimiento. Viene a mi memoria el certero diagnóstico de Pablo VI quien, hace ya más de cuarenta años, afirmaba que uno de los dramas de nuestro tiempo es la ruptura entre la fe y la cultura. Es conocida la gran admiración que el Papa Francisco siente por Pablo VI que, según el parecer de algunos, es el Papa a quien se siente más cercano². Asumiendo el diagnóstico de Pablo VI, Francisco busca dialogar con la cultura desde la fe: “Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nosotros” (EG 183).

1.2 ¿Enfermedades o tentaciones?

El Santo Padre prefiere hablar de las tentaciones del agente de pastoral antes que de “enfermedades”. Esta elección va acompañada de algunas consecuencias, como son encender el foco de la fe para iluminar el diagnóstico de la realidad³ y proponer caminos de sanación, teniendo en cuenta la tradición espiritual de la Iglesia. El Papa quiere ver a Dios en todas las cosas, y propone despertar en el hombre los sentidos espirituales. En definitiva, la propuesta que hace es una propuesta de vida espiritual.

El hombre moderno prefiere hablar de enfermedad porque entiende que la palabra tentación es poco científica y quizás demasiado religiosa. ¿Aporta alguna novedad la palabra *tentación* respecto a la palabra enfermedad? Si emplea-

¹ Cf. J. Rojano, *Cultura actual y pastoral juvenil*, Editorial CCS, Madrid, 2014; J. Rojano, *Relación entre cultura posmoderna y cristianismo en Gianni Vattimo*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2015.

² Cf. W. Kasper, *El papa Francisco. Revolución de la ternura y el amor. Raíces teológicas y perspectivas pastorales*, Sal Terrae, Madrid, 2015, p. 37.

³ Esta hermenéutica, donde el dato de la fe está desde el principio de la observación, es una aportación que tuvo éxito en Aparecida respecto a anteriores Conferencias, y que el Papa Francisco defiende con insistencia. Nuestra manera de ver la realidad valora las ciencias humanas, pero hay que afirmar que vemos con los ojos de la fe y miramos con los ojos amorosos de Dios.

mos la palabra *enfermedad*, estamos diagnosticando una situación problemática; en cambio, si empleamos la palabra *tentación* estamos describiendo un proceso conflictivo que puede concluir en una situación problemática o no, según el camino que recorramos.

Hemos mencionado antes las enfermedades del hombre posmoderno causadas por la lucha interna en la que vivimos cotidianamente, siendo cada uno para nosotros mismo un animador voluntarista y un censor despiadado. La palabra *tentación* describe mejor que la palabra *enfermedad* esa tensión que vive el hombre, quien corre el peligro de encorvarse sobre sí, pudiendo vivir desvitalizado, sin pasión, sin alegría.

Además hay algunas otras razones para usar la palabra *tentación* en vez de *enfermedad*:

- la palabra *tentación* obliga a ampliar el campo de visión e invita a mirar fuera de uno mismo;
- propone desarrollar una actitud de vigilancia para que el hombre no sea víctima de sus propios autoengaños;
- opta por concretar procesos de discernimiento y de elección;
- hace ver la posibilidad del pecado visto como negación del proyecto de Dios;
- conecta al creyente con Jesús, quien también fue tentado, y con la historia de la salvación.

1.3 *Tentaciones del agente de pastoral eclesial*

En el primer artículo de este número de *Misión Joven*, Jesús Rojano ha presentado y comentado las tentaciones del agente de pastoral tal como las describe el Papa Francisco en la EG⁴. Creo que se puede afirmar que la *tentación* no puede considerarse un hecho puramente individual. Estas tentaciones de las que habla el Papa no las viven solo las personas individuales. De hecho, el Santo Padre ha hecho ver que la misma Iglesia, así como cualquier grupo apostólico o comunidad cristiana, tienen sus propias tentaciones y pueden enfermar como enferman las personas cuando se encorvan sobre sí mismos,

corriendo el peligro de la autorreferencialidad, y como consecuencia pueden olvidar a Dios y a los demás, especialmente pueden olvidar a los pobres y a los que más sufren.

Por eso, Francisco ha hablado de tentaciones en la vida consagrada, en el ministerio episcopal y sacerdotal, en los agentes de pastoral. Recordemos, a modo de ejemplo, aquellos males y tentaciones de los que alertó el Papa a la Curia vaticana y que fueron tan comentados: el mal de sentirse inmortal, inmune, e incluso indispensable; la excesiva laboriosidad; el mal de aquellos que tienen el corazón de piedra y son duros de cerviz; la planificación excesiva y el funcionalismo; la falta de coordinación; el olvido de la historia de la salvación, de la historia personal con el Señor, del primer amor; la rivalidad y la vanagloria; la esquizofrenia existencial; la murmuración y el cotilleo; la divinización a los jefes; la indiferencia hacia los demás; la cara fúnebre; el mal de acumular; los círculos cerrados; la ganancia mundana y el exhibicionismo⁵.

Muchas comunidades cristianas utilizaron estas palabras del Papa como un examen de conciencia, aplicándose a sí mismas este diagnóstico que, en primer lugar, tenía un destinatario concreto, la Curia vaticana. No es bueno echar balones fuera, suponiendo que las tentaciones solo las vivirán otras personas, otros grupos, otras comunidades. No podemos ser tan ingenuos.

Siendo consciente de estas tentaciones que vive el agente de pastoral, o la misma Iglesia, el Papa propone un programa que comienza con la reforma de la Iglesia en salida misionera (EG 17), buscando una Iglesia que se descentra porque es capaz de centrarse en Cristo por la conversión y las personas humanas por la misión. Vivir descentrado de sí para vivir centrado en Jesucristo y en el ser humano.

1.4 *Centrarse en Cristo por la conversión*

El camino que propone Francisco es un camino de conversión. Convertirse, en rigor, es volver la

⁴ Cf. EG 76-101.

⁵ http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/december/documents/papa-francesco_20141222_curia-romana.html

mirada a Dios; es una gracia más que una tarea; es ejercitar la disposición y la apertura a Dios; es abrirse al misterio trascendente y decir, desde la fe, 'aquí estoy'; es estar dispuesto para la misión.

Después de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe reunido en Aparecida ha tenido éxito la expresión *conversión pastoral*⁶. Con la llegada del Papa Francisco a la sede de San Pedro esta expresión se ha convertido en un criterio pastoral característico para esta época. Vivimos un tiempo de conversión y reforma.

¿Cómo llenar de contenido la expresión "conversión pastoral"? Muchos grupos y comunidades están buscando caminos para dotar de contenido esta expresión porque dicen que, para ser fieles a Cristo, debemos estar dispuestos a una permanente conversión eclesial y pastoral: "Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad" (EG 26).

Pero, ¿cómo hacer esta conversión pastoral? Si nos fijamos en la manera de hacer del Papa Francisco, deberíamos concluir que toda reforma debe hacerse con palabras y con hechos. San Ignacio de Loyola, en la cuarta semana de los Ejercicios Espirituales, en la "Meditación para alcanzar amor", propone estos dos criterios para el amor: "*No está el amor en mucho hablar sino en mucho obrar*"; "*más vale dar que recibir*". Entonces, ¿cómo hacer reforma? Podríamos decir que la reforma debe hacerse más con hechos que con palabras, mejor dando que recibiendo, mejor saliendo que estando encerrado.

1.5 Centrarse en el hombre por la misión

La Conferencia de Aparecida, a la que he hecho referencia, tuvo el acierto de unir conversión y misión. El camino de la conversión lleva a la misión, y el camino de la misión exige una conversión pastoral. La conversión y la misión renuevan a Iglesia.

Por esto, no es extraño que el Papa Francisco diga que "la salida misionera es el paradigma de

toda obra de la Iglesia" (EG 15), y añade que "sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo más que para la auto-preservación" (EG 27).

Como he indicado, la EG deja claro que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia. La palabra *paradigma*, desde los años sesenta del siglo pasado, gracias a la obra de Thomas S. Kuhn, encierra un gran potencial⁷. Podemos entender la palabra *paradigma* como un marco explicativo, teórico y práctico, del que participa una comunidad para comprender la realidad. En este sentido, la misión explica hoy teológicamente y pastoralmente la naturaleza de la Iglesia, abre al Espíritu y envía hacia los hombres y mujeres de hoy.

Pero la misión no explica solo la naturaleza de la Iglesia, sino también la identidad de cada bautizado que, como gusta decir al Papa Francisco, es un discípulo misionero, no un discípulo y misionero, sino *un discípulo misionero*. El cardenal Newman decía: "Dios me ha creado para una misión concreta. Me ha confiado una tarea que no ha encomendado a otro". Algo parecido dice el Santo Padre cuando afirma que "yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo" (EG 273). La misión está en las entrañas de todo discípulo de Cristo, es parte de la identidad de todo bautizado. Dejo aquí estas breves notas sobre esta expresión, "yo soy una misión en este mundo", que bien merece ser reflexionada, porque puede dar un gran dinamismo a la dimensión vocacional que ha de estar presente en toda pastoral juvenil. Acompañar vocacionalmente es ayudar a que el joven descubra su identidad más profunda.

2 Evangelizadores con Espíritu

El capítulo V de la EG responde a los temas planteados en el capítulo I, en donde el Papa hablaba de las tentaciones de los agentes de

⁶ Cf. V. M. Fernández, *Conversión pastoral y nuevas estructuras. ¿lo tomamos en serio?*, Agape Libros, Buenos Aires, 2010.

⁷ Cf. Th. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México-Buenos Aires-Barcelona, 1962.

pastoral. Si el capítulo I tenía como tema central una “Iglesia en salida misionera”, el capítulo V propondrá la necesidad de una “espiritualidad misionera”. La conclusión es muy sencilla: la misión es también un desafío espiritual.

¿Es posible separar *misión* de *espiritualidad*? Quien hiciera esta separación correría el peligro de olvidarse del Espíritu, que es quien envía a la misión y, además, podría vivir encorvado sobre sí mismo, generando una Iglesia, y unos cristianos, enfermos y desvitalizados.

Hace unos años el P. Kolvenbach, entonces Preósito General de la Compañía de Jesús, afirmaba que “es bastante contradictorio que la misión que el Señor nos ha confiado agote a tantos compañeros nuestros”, y se preguntaba por qué nos cansamos tanto. En la respuesta a esta pregunta invitaba a recuperar el tono de vida espiritual. Una persona empieza a darse cuenta de la importancia que tiene la vida espiritual cuando reconoce que le va la vida en ello: “Yo he venido para que todos tengan vida, y la tengan en abundancia” (Juan 10,10).

También hace unos años don Pascual Chávez, siendo entonces Rector Mayor de los Salesianos, decía que “a la vida consagrada de nuestro tiempo se reprocha, algunas veces, que produce muchos servicios, pero ofrece poca santidad”⁸. Esa expresión llamó mucho la atención y generó no poco debate. Don Chávez también invitaba a recuperar el tono de vida espiritual, proponía tener la suficiente inteligencia para saber unir misión y espiritualidad, y afirmaba que es necesario manifestar este tono de vida espiritual no solo de manera personal sino como cuerpo de consagrados. No olvidemos que la vida espiritual tiene su vertiente comunitaria. Y, en esta lógica, toda comunidad debe dejar ver la espiritualidad donde bebe, y todo proyecto de pastoral debe ser también una propuesta de espiritualidad.

El Papa Francisco, que es una persona profundamente espiritual, hace en la EG una propuesta de vida espiritual consistente, y propone algunas motivaciones para vivir de manera apasionada la misión, aunque desde el principio advierte al lector: “Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu” (EG 261).

Necesitamos *evangelizadores con Espíritu*: “Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abran sin temor a la acción del Espíritu Santo. En Pentecostés, el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de la grandeza de Dios, que cada uno comienza a entender en su propia lengua” (EG 259).

2.1 La vida en el Espíritu

La espiritualidad no es ni moda ni estribillo repetido, sino que es fidelidad al Espíritu. En esencia la espiritualidad es vivir en el Espíritu. Una persona espiritual, por lo tanto, es una persona que vive empapada de Dios y ordenada a Él, lo cual comporta el ejercicio de la vida teológica de fe, esperanza y caridad, fruto de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros.

La tradición de la Iglesia concibe a la persona espiritual como una persona construida, unificada y estructurada; que tiene conciencia de ser hijo de Dios; que posee la inteligencia de la fe que le capacita para percibir el misterio de Dios y el sentido del mundo y de la historia; y que, además, se compromete al servicio de los hombres a través de la misión.

La mejor prueba de lo que hace el Espíritu en nosotros la tenemos en el testimonio de los santos, iconos de la Trinidad, como han sido llamados. El Papa Francisco en la EG hace una mención a esos cristianos que, a lo largo de la historia, “cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa” (EG 263), han sabido sortear las dificultades de cada época para comprometerse con la misión evangelizadora.

⁸ P. Chávez, cit. en L. F. Gutiérrez, *Discípulos y apóstoles de Jesucristo. El desafío de evangelizar y educar a los jóvenes hoy en el pensamiento de don Pascual Chávez*, Editorial CCS, Madrid, 2014, p. 45.

2.2 *El amor de Jesús es manifestación del amor del Padre*

La Iglesia es misionera porque se origina en la misión de Jesucristo y en la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. La misión es de Dios quien, compadecido, envía a su único Hijo a la obra de la redención con la fuerza del Espíritu. El mismo Señor, continuador de la misión del Padre, envía a sus discípulos a la misión por medio del Espíritu Santo.

Los discípulos de Cristo somos por lo tanto colaboradores de la misión de Dios en Jesucristo: “El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera” (EG 267).

La primera motivación para la misión es el amor de Jesús. El Papa dice palabras hermosas cuando habla del amor de Jesús. “La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más” (EG 264).

A muchos ha llamado la atención la manera tan sencilla, y al mismo tiempo tan radical, con la que el Papa Francisco ha puesto a Jesús y su Evangelio en la mirada del Pueblo de Dios: “La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez” (EG 264).

El discípulo misionero gusta de la amistad con Jesús y su mensaje: “No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con el Evangelio que hacerlo solo con la propia razón” (EG 266).

El discípulo misionero evangeliza para mayor gloria del Dios que nos ama: “Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho:

‘la gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante’. Más allá de que nos convenga a no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión, nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama” (EG 267).

2.3 *La mística de la misión*

Este amor a Jesús necesita ser alimentado y comunicado. Para alimentar el amor es necesario hablar con el amado: “Nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor” (EG 265). La oración es un pulmón fundamental para el discípulo misionero: “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio de las dificultades y el fervor se apaga” (EG 262).

Esa oración de la que habla el Papa Francisco no es huida, ni refugio intimista, sino que es vivir la realidad desde el Espíritu, abiertos a los hermanos y a la misión. El Espíritu nos habita y nos habilita para la misión. El Espíritu ora en nosotros superando nuestras capacidades naturales y obrando de manera misteriosa: “Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él viene en ayuda de nuestra debilidad” (EG 280).

No quiere el Papa polarizaciones simplistas sino radicalidad evangélica. Por eso afirma que “evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discurso y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón” (EG 262). Es decir: solo un profundo amor a Jesucristo podrá hacer que la oración y la acción sean los dos pulmones del discípulo misionero. Cuando esto se ha conseguido podemos afirmar que tan espiritual es el momento práctico de la misión, como misionero es el momento específico de diálogo con el Señor.

El amor, además de ser alimentado, necesita ser comunicado (cf. EG 264). Hablamos, por lo tanto, de una mística misionera. La mejor actitud del discípulo misionero es ser fiel a quien le llama, porque el centro de la misión no está en las cosas que hacemos, sino en Aquel que envía. Por eso podemos decir que nosotros no tenemos una tarea sino una misión; somos una misión, solo somos colaboradores de Dios en su misión.

El discípulo misionero también sabe vivir el sentido del misterio. Muchas veces vive la misión entre contradicciones, sin ver resultados de sus muchos esfuerzos, y teniendo confianza en la fuerza del Resucitado presente en medio de la complejidad de la existencia: "Uno sabe que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor por Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia... El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos" (EG 279).

2.4 La alegría es el corazón de la mística misionera

Toda la exhortación EG está atravesada por un fino hilo de alegría que se deja ver en muchos de los textos, tanto cuando se habla de Jesús y de su Evangelio como cuando se habla de la misión y de la espiritualidad misionera.

Muchos comentaristas han hecho ver que esta exhortación del Papa Francisco tiene como fuente dos textos de Pablo VI: la exhortación *Evangelii Nuntiandi*, sobre la evangelización en el mundo moderno, y la exhortación *Gaudete in Domino*, sobre la alegría cristiana. Esta última fue escrita por Pablo VI en los momentos más difíciles de su pontificado. ¿Se puede vivir de manera alegre en medio de situaciones conflictivas? La historia del cristianismo recoge el testimonio de la alegría cristiana, muchas veces acompañada de situaciones de conflicto e incluso del martirio.

Hay que decir con rotundidad que Jesús es la fuente, la causa, el motivo de la alegría cristiana. Por eso, el amor a Jesús llena nuestro corazón de alegría: "La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría" (EG 1).

Ya en su primera encíclica, *La luz de la fe*, el Papa Francisco había hablado de la fe que produce una alegría fundamentada en Cristo, que genera esperanza y se transforma en caridad. Esta alegría que brota de la fe se manifiesta en todas las instancias de la vida de la persona. Cuando la alegría de la fe está anclada en el centro de la existencia de un creyente todo en esta persona transparente alegría.

Por todo ello, podemos hablar de la alegría diciendo que es el corazón de la mística misionera porque en el centro de la misión está Jesús mismo, que nos saca del vacío interior, del encerrarnos en nosotros mismos, de la acedia y del hastío, y nos anima a evangelizar con generosidad y alegría.

Donde más se hace ver esta mística es en la alegría que encuentra el discípulo de Cristo al comunicar el Evangelio. La EG, en muchas ocasiones, habla de la alegría que siente el discípulo de Jesús que ha hecho la experiencia del Dios que lo salva y le comunica este gran don que ha recibido. Comunicará esta experiencia que brota de la misericordia de Dios y anunciará con palabras sencillas el núcleo fundamental de la fe: el amor de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad: "Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos" (EG 127).

2.5 El gusto espiritual de ser pueblo

Una de las afirmaciones que más ha llamado la atención en la propuesta de vida espiritual que hace el Papa Francisco es la expresión que

habla del gusto espiritual por ser pueblo: “Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior” (EG 268).

Los estudiosos descubren aquí las raíces argentinas de la llamada “teología del Pueblo de Dios y de la cultura”, que están a la base de la eclesiología que propone el Santo Padre. Esta perspectiva teológica invita a escuchar al pueblo y a dar gran importancia a la religiosidad popular. El Papa desea “una verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos” (EG 124).

La eclesiología que propone el Papa Francisco destaca la maternidad de la Iglesia. El Papa vincula las categorías *pueblo* y *madre*. La Iglesia es una madre de corazón abierto que sale al encuentro de todos. El Papa también habla de una Iglesia que no solo es maestra, sino que en primer lugar es discípula y, por lo tanto, sabe escuchar a su Señor y al pueblo: “La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (EG 268). Esta manera de concebir la Iglesia va acompañada de alegría, de pasión, de humildad.

La gran consideración que el Papa tiene al Pueblo de Dios encierra la convicción de la gran dignidad que hay en cada persona, afirmando que toda persona es digna de nuestra entrega “porque es obra de Dios, criatura suya y refleja algo su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor” (EG 274). No solo hay gran dignidad en cada persona, sino que también hay gran dignidad en el Pueblo de Dios. Podemos recordar el texto de la EG donde Francisco dice a los obispos que, en ocasiones, el pastor debe ir delante del rebaño, en otras irá en medio y en otras detrás, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos (cf. EG 31).

Francisco es un Papa muy popular, que deja ver las entrañas de misericordia que configuran el corazón del pastor. Recordemos las fotos que recorren las redes sociales, donde se ve al Papa

Francisco abrazando a enfermos, encarcelados, inmigrantes, pobres, desahuciados, niños, ancianos. Estos no son gestos para el escaparate y la exhibición, sino que son acciones que contienen un profundo significado cristológico: “A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás” (EG 270).

Por todo ello, el Papa invita a los evangelizadores a acercarse al pueblo, ser pueblo, mostrar cercanía a la gente, sentirse a gusto y alegres con los demás; invita a evitar los cobertizos de seguridad, no escapar de los otros, no huir de la gente: “El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano ‘camina en las tinieblas’ (1 Jn 2,11), ‘permanece en la muerte’ (1 Jn 3,14) y ‘no ha conocido a Dios’ (1 Jn 4,8)” (EG 272).

3 Conclusión

En este artículo he partido de las tentaciones que puede sufrir el agente de pastoral y he comentado algunos rasgos de la propuesta espiritual que hace el Papa Francisco.

Quiero acabar estas notas con una última cita de la EG, donde se dice que los agentes de pastoral necesitamos espacios para tomar pulso y recuperar fuerzas. Dice así el Papa Francisco: “Reconozco que necesitamos crear espacios motivadores y sanadores para los agentes de pastoral, lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y la belleza las propias elecciones individuales y sociales” (EG 64).

KOLDO GUTIÉRREZ CUESTA